

(decía el Apostol) á pesar de las ignominias de la Cruz, jamas me avergonzaré del Evangelio de mi Salvador: y la razon que da, es no menos asombrosa, y aun mas asombrosa, que el Señor en que estaba. La razon es, porque sé (añadia el Apostol) que el Evangelio de la Cruz es la fortaleza de Dios para todos los que estan ilustrados con las luces de la fe: *Non erubescio Evangelium; Virtus enim est omni credenti* (a). No solamente no se avergonzaba, sino que hacia gloria de él. Porque no permitia Dios (escribia á los Galatas) que yo ponga jamas mi gloria sino en la Cruz de Jesu-Christo: *Mihi autem absit gloriari nisi in Cruce Domini nostri Jesu-Christi* (b). Tan lejos estaba de serle materia de confusion la Cruz en el ejercicio de su Ministerio, que juzgaba por el medio mas infalible para mantener el esplendor de su Ministerio el predicar la Cruz de Dios hombre, y que en efecto no habia en todo el Evangelio cosa mayor, mas portentosa, ni aun mas nacida para satisfacer á los entendimientos racionales y juiciosos, que este mysterio profundo y adorable. Este es el sentido literal del lugar totalmente divino que he tomado por tema: *Judæi signa petunt, & Græci sapientiam quærent*. Los Judíos incrédulos piden milagros; los Griegos vanos y soberbios se precian de buscar la sabiduría: unos y otros se obstinan en no querer creer en Jesu-Christo, sino con estas dos condiciones: pero yo (dice el Apostol) para confundir la incredulidad de los unos, y la vanidad de los otros me contento con predicarles al mismo Jesu-Christo crucificado: porque este es por excelencia el milagro de la fortaleza de Dios, y la obra mayor de su sabiduría. Milagro de la virtud de Dios, que debia bastar á los Judíos por todos los milagros: *Christum Dei virtutem*. La mayor obra de la sabiduría de Dios, que ella sola es mas que bastante para hacer que los Gentiles se sujeten al yugo del Evangelio, y renuncien toda la sabiduría de la tierra:

(a) Rom. 1. v. 16. (b) Galat. 6. v. 24.

ra: *Christum crucifixum, Dei sapientiam*.

Esta es la idea admirable que concebía el Doctor de las gentes, representándose siempre el mysterio de la Pasion como mysterio de poder y sabiduría: y esta idea he de seguir, porque me ha parecido la mas propia para vuestro provecho, y mas digna de Jesu-Christo, cuyo elogio fúnebre he de hacer en este dia. No es ahora el asunto llorar la muerte de este hombre Dios; si hemos de derramar lágrimas, las hemos de reservar para otro empleo: y no podemos ignorar qual ha de ser, despues que Jesu-Christo nos le enseñó tan resuelta y distintamente quando dixo á las hijas de Jerusalem en el camino del Calvario: No lloreis por mí, sino por vosotras mismas. No es el asunto, digo, llorar su muerte, sino meditarla, ahondar en el mysterio que encierra, reconocer el designio, ó por mejor decir, la obra maravillosa de Dios, y descubrir el fundamento, y firmeza de nuestra fe; y esto es con la gracia divina lo que intento. Los discursos tiernos y afectuosos que habeis oido, han enternecido muchas veces vuestros corazones: pero puede ser que no fuese mas que una compasion esteril, ó una breve compuncion, ineficaz para hacer mudar vuestras costumbres. Mi asunto es convencer vuestro entendimiento, y decirros alguna cosa mas sólida, que en adelante sirva de fundamento para todos los afectos de piedad que pueden nacer de este mysterio. En dos palabras que explicarán la division de este discurso; hasta aquí puede ser que no hayais considerado la muerte del Salvador, sino como mysterio de su humillacion y flaqueza; pero yo os he de mostrar, que en este mysterio ostentó á lo que llega su poder; y esta será la primera parte. El mundo ha mirado hasta aquí este mysterio como una necesidad; y yo os he de mostrar que en este mysterio ha ostentado Dios mas descubiertamente la luz de su sabiduría: esta será la segunda.

Dadme, Señor, para tratar dignamente un asunto tan asombroso, aquel zelo de que estaba lleno vuestro Apostol,

tol , quando le escogisteis para llevar vuestro nombre á los Reyes , y hacer que adorasen en la misma humillacion de vuestra muerte la Divinidad de vuestra persona. No hablo en este lugar (como San Pablo) á Judíos ni á Gentiles , hablo á los Christianos , aunque entre ellos se ven cada dia algunos menos fuertes en la fe , que llenos de las máximas del siglo , y consultando demasidamente con la prudencia humana , aunque son Christianos , no dexan á veces de sentir algunas turbaciones , y padecer algunas tentaciones sobre la verdad incontestable de su fe , quando les representa al Dios que adoran lleno de oprobrios , y espirando en la Cruz. Por esto los debo fortalecer , dándoles á conocer el don de Dios que se oculta en el mysterio de vuestra muerte , y una idea muy alta de vuestras flaquezas aparentes. Ayudadme, Dios mio; pero dad al mismo tiempo á mis oyentes la docilidad que deben tener al oír vuestra palabra , para quedar , no solamente persuadidos , sino convertidos y santificados. Yo os pido , Señor , esta gracia , y la espero alcanzar por los merecimientos de vuestra Cruz misma : porque olvidandome hoy de vuestra Madre , pongo la vista en vuestra Cruz , única esperanza nuestra ; y empiezo con rendirla el culto , que la da solemnemente toda la Iglesia: O CRUX AVE.

I. PARTE.

Que Dios , en quanto Dios , se dé á conocer como Señor y soberano en sus acciones ; que criase el Cielo y la tierra con una sola palabra ; que haga prodigios en el universo , y que no-haya cosa que pueda hacer resistencia á su poder , es una cosa tan natural á su grandeza , que casi no es motivo para nuestra admiracion : pero que Dios padezca , que Dios espire entre tormentos , que Dios , como dice la Escritura , llegue á gustar la muerte , siendo él solo el que posee la inmortalidad , esto es lo que jamas comprenderán los Angeles , ni los hom-
bres.

bres. Puedo , pues , exclamar de espanto con el Profeta: *Obstupescite caeli* (a) , espantaos cielos , porque este mysterio excede á todo lo que alcanza nuestra vista , y pide toda la sumision y obediencia de nuestra fe ; pero tambien es el mysterio en que nuestra fe ha triunfado del mundo : *Et haec est victoria que vincit mundum , fides nostra* (b). Es verdad que Jesu-Christo padeció tormentos y muerte : pero al hablaros de su muerte y sus tormentos he de decir sin temor una proposicion que tuvierais por paradoxa , si las palabras de mi texto no os hubieran dispuesto ya para oirla con respeto ; intento persuadir , que padeció y murió en algun modo como Dios ; esto es , de un modo que solo en Dios podia caber : de un modo propio de Dios , de tal suerte , que sin otra razon juzgó San Pablo que podia decir á los Judíos y Gentiles: Hermanos míos , este crucificado que predicamos , este hombre que os escandaliza , este Christo sobre quien en el Calvario ha descargado Dios su mano , y á quien parece ha reducido á la última miseria , es la misma virtud de Dios. Lo que hace que le desprecieis vosotros , es lo que le merece nuestras veneraciones y respetos. Es nuestro Dios , y no queremos mas señal ni mas prueba de que lo es , sino su Cruz. Este es el compendio de la Teología de San Pablo , que puede ser no hayais entendido bien jamas , y yo pretendo explicarla ahora. Procuremos entender estas divinas palabras : *Christum crucifixum Dei virtutem* ; y saquemos de ellas el fruto que para nuestra edificacion deben producir en nuestras almas.

Digo que Jesu-Christo murió de un modo , que solo podia caber en un hombre Dios. La explicacion sola de estas palabras os ha de dexar convencidos. Á la verdad , un hombre que muere habiendo antes pronosticado clara y expresamente todas las circunstancias de su muerte: Un hombre que muere haciendo los milagros más asombrosos , para mostrar que es sobre lo humano , y que es di-

(a) Jerem. 2. v. 12. (b) 1. Joann. 5. v. 4.

vinó quanto en su muerte se ve: Un hombre, en quien la misma muerte, si bien se considera, es el mayor de todos los milagros, pues está tan lejos de morir por falta de fuerzas, como los demas hombres, que antes muere á esfuerzos de su Omnipotencia: y lo que es mas, un hombre que por la infamia de su muerte se eleva á la mas alta-cumbre de la gloria, y espirando en la Cruz triunfa por la misma Cruz del Príncipe de este mundo, doma con ella la soberbia del mundo, y levanta su Cruz sobre las ruinas de la idolatría y de la infidelidad: ¿no es hombre que muere como Dios, ó como hombre Dios, si os parece mejor? En esto se fundó el Apostol, quando dixo que este hombre Dios muerto en la Cruz, no solamente era Ministro de la virtud de Dios, sino la misma virtud de Dios encarnada: *Christum crucifixum, Dei virtutem*. No tenemos de por sí estas quatro pruebas, juntémoslas, y no podreis dexar de confesar que no hay entendimiento racional, aunque obstinado, que no se dé por convencido. Descendamos en particular.

Solo Dios puede penetrar lo por venir, hasta tenerlo absolutamente en su mano, y poder decir infaliblemente, y como Señor de todo, *esto ha de suceder*, aunque dependa de un gran número de causas libres que hayan de concurrir para que suceda. Solo Dios puede conocer distintamente y por sí mismo lo oculto de los corazones, y sacar á luz sus mas íntimos secretos, y las mas escondidas intenciones, sabiendo mejor lo que pasa y ha de pasar por el pensamiento del hombre, que el hombre mismo. Pues esto es lo que en orden á su Pasion y Muerte hizo Jesu-Christo. Explicóme. Al oírle hablar de su Pasion mucho antes de suceder, y aun antes que los Judíos hubiesen concebido designio alguno contra su vida, parece que hablaba de ella como de un suceso pasado ya, y que referia la historia: tan exáctamente declara hasta las menores circunstancias. Al verle el dia de la muerte sufrir los tormentos que padece, se creyera que los verdugos que le atormentan, antes son executores de lo que su Magstad habia pronosticado, que de la sentencia que ha-

bian

bian dado los Jueces en su causa. En fin (decia á sus Apóstoles previniéndolos para este doloroso mysterio) vamos á Jerusalem donde se ha de cumplir quanto está escrito del hijo del hombre. Porque este hijo del hombre (este es el titulo que tomaba) este hijo del hombre que veis y os habla, será entregado á los Gentiles, ultrajado, injuriado, azotado y puesto en una Cruz: su rostro será escupido, morirá con ignominia, y al tercer dia resucitará. Atended, Christianos, á la reflexion que hace San Juan Chrysostomo aquí. Habia siglos enteros que los Profetas precursores del Mesías, habian publicado todas estas particularidades. Como el principal estorbo, que algun dia habia de detener á los espíritus mundanos para no creer en Jesu-Christo, seria el imaginado escándalo que habia de causarles la ignominia de su muerte, habia Dios con singular providencia revelado á los Profetas, que la muerte de este Mesías, aunque tan ignominiosa, habia de ser en llegando la plenitud de los tiempos, el mas poderoso remedio, y solemne satisfaccion del pecado, y juntamente un medio soberano de la salvacion, y redencion del mundo, para que la profecía, que es prueba invencible de la Divinidad, no solamente hiciese dignas de respeto, sino tambien de adoracion las mismas ignominias de esta muerte, y para que en vista de esto estuviesen los hombres tan lejos de escandalizarse, que antes quedasen persuadidos á que quanto sucedia en la Pasion de Jesu-Christo era sobre la naturaleza humana. Porque este es, dice San Juan Chrysostomo, el designio que tenia Dios, quando hacia en el testamento viejo, que se explicase Isafas en el punto de los tormentos de Jesu-Christo con la misma certidumbre y puntualidad con que hablaron los Evangelistas tantos años despues en el nuevo. Pero este designio de Dios era mas claro, y mucho mas convincente y eficaz la prueba en la prediccion inmediata que hacia el mismo Jesu-Christo. Yo soy (decia á sus discípulos, hablandolos de la cercanía de su muerte) yo soy aquel Varon de dolores anunciado por Isafas: yo he de cumplir, sin que falte un punto, quanto está escrito en esta ma-

te-

teria : hemos llegado al término en que todo ha de tener su cumplimiento , y vosotros lo habeis de ver cumplido; pero importa que esteis advertidos desde ahora , para que despues no esteis turbados.

Quanto les habia declarado esté adorable Salvador de los libros de Moyses y de los Profetas, que hablaban de su Magestad, se executó muy poco despues á la letra en el sangriento catastrofe de su Pasion y Muerte. En cumplimiento de estas profecias que tenian por objeto á su persona , y en virtud de ellas , en lugar de juzgarle los Judios segun su ley , pues era Judío , le entregaron á Pilatos que era Gentil ; los soldados , contra todos los procedimientos de la Justicia , aumentando el escarnio y la crueldad sobre lo que contenia la sentencia de su condenacion, le escupieron el rostro , y se le ensangrentaron con bofetadas ; hasta las mas ligeras circunstancias del precio en que habia de ser vendido , del empleo que de este dinero se habia de hacer , del repartimiento de sus vestidos , de las suertes que se habian de echar sobre su túnica , la hiel que le ofrecieron , las Escrituras que él mismo se habia aplicado ; todas estas cosas parece que fueron la regla de quanto sus enemigos intentaron contra su Magestad , como si no hubiera padecido sino para justificar los oráculos que se habian pronunciado tantos siglos antes que viniese al mundo : *Ut adimplerentur Scripturae. Ut imple-retur sermo , quem dixit* (a). Argumento tan sólido y eficaz, que no fue menester mas para la conversion de aquel célebre Eunuco , tesorero de la Reyna de Etyopia , de quien se habla en el libro de los Hechos Apostólicos , al qual explicó San Felipe Diácono la maravilla que yo os predico. Todas estas y otras muchas profecias verificadas general y puntualmente en la Pasion de Jesu-Christo , le obligaron á reconocer este Mesías prometido de Dios , y enviado en la plenitud de los tiempos ; y nos ha de hacer menos fuerza á nosotros que estamos revestidos del

(a) Matth. 26. v. 30.

carácter de Christianos? Lo que bastó para convencer á un hombre , á quien no habia alumbrado aun la luz del Evangelio , ¡ha de tener menos fuerza para confirmarnos á nosotros en la fe que profesamos? Digo lo mismo del secreto de los corazones, de que tan claramente se mostró en su Pasion dueño absoluto Jesu-Christo. Predixo á sus Apóstoles, que uno de ellos le habia de entregar , y actualmente tenia ese pensamiento Judas que le entregó. Predixo á San Pedro que le habia de negar , y le negó con efecto. Le predixo que no obstante su caída , su fe no habia de faltar , y en efecto no faltó la fe de San Pedro. Le predixo, que despues de su conversion habia de confirmar á sus hermanos, y con efecto los confirmó despues de su conversion á todos. Predixo á la Magdalena , que la accion que acababa de hacer derramando un precioso unguento sobre su cabeza , habia de ser aplaudida y publicada en todo el mundo , y en todo el mundo se habla de ella el día de hoy. Predixo á Jerusalem , llorando sobre ella, que habia de quedar destruida y arruinada hasta los cimientos : y fue sitiada , saqueada y destruida por los Romanos , sin que quedase en ella piedra sobre piedra. Esta ciencia de lo por venir , y de los mas impenetrables secretos , ¿no era ciencia de un Dios con evidencia? *Scrutans corda , & renes Deus.* (a) Un hombre que moria de esta suerte revelando y manifestando lo que ni era ni podia ser conocido sino de solo Dios , ¿no tenia todo el poder y virtud de Dios mismo? *Christum crucifixum , Dei virtutem.*

Pero debe hacer mayor impresion en vosotros lo que añadido. Muere este hombre Dios haciendo milagros , ¿pero qué milagros? Ay Christianos ; ¿ los hubo jamas , ni los habrá mas ilustres? Aun estando para morir hace temblar la tierra , abre los sepulcros , resucita los muertos , rasga el velo del templo , y oscurece el Sol : prodigios que movieron tanto á los Soldados , que volvieron á la

Tom. IV. Quaresma.

Bb

Ciu-

(a) Psalm. 7. v. 10.

Ciudad convertidos; pero en fin, como nota San Agustin, convertidos por la eficacia de la sangre que ellos mismos le habian hecho derramar al Hijo de Dios: *Ipsa redempti sanguine, quem fuderunt.* ¿Qué digo, que no haya dicho San Mateo en términos formales? *Viso terræ motu, & his que fiebant, timuerunt valde dicentes: vere filius Dei erat iste.* (a) Sé, que aun en la Cristiandad no han faltado impíos (mas enemigos de Jesu-Christo que los Judíos y los Paganos) que tuvieron cara para poner en duda la verdad de estos milagros, con el pretexto de que podian ser supuestos: y que podian los Evangelistas haberse convenido unos con otros para publicar la gloria de su Maestro: pero aquí es propiamente donde la impiedad (por hablar con términos de la Escritura) se contradice á sí misma; y al levantarse contra Dios, no menos que su malignidad, descubre su ignorancia; porque sin averiguar lo temeraria que es esta duda, pues no tiene mas fundamento que la preocupación, y tener un alma desenfrenada; deberian mostrar, dice San Agustin, ¿qué interés hubieran tenido los Evangelistas en publicar estos milagros de Jesu-Christo, si estuvieran en la persuasion de que eran falsos? ¿No es evidente, que todo el fruto que de publicarlos podian esperar, y el que en efecto cogieron, fue el odio público, las persecuciones, las cárceles, y los tormentos mas crueles? Luego se debe estar tan lejos de creer que inventaron y divulgaron por su gusto esos milagros, que antes debe causar admiracion, que tuviesen tanto valor, que diesen el testimonio que dieron de ellos á costa de su propia vida. Ademas, prosigue San Agustin, solo el estilo con que escribieron los Evangelistas la historia de Jesu-Christo y de su Pasión, su sinceridad, su ingenuidad; ni dando muestras de indignacion contra los Judíos, ni de compasion de su Maestro; hablando de él como pudieran haber hablado los hombres mas indiferentes del mundo, y menos interesados en su causa; re-

(a) Matth. 27. v. 94.

firiendo los desmayos de su humanidad en el huerto, sus tedios, sus congojas, y sus miedos; la afrenta tan sensible con que fue ultrajado en el palacio de Herodes; y el desprecio que hizo este Príncipe de su Magestad; los indignos tratamientos que recibió en las casas de Anás, Cafas, y Pilatos, y refiriendolos con mas exactitud, y mas á la larga que sus mismos milagros: esta sinceridad, digo, muestra bien que no escribian como hombres apasionados y preocupados, sino como testigos fieles y sin tacha de la verdad; por la qual fueron Mártires, llegando á derramar por ella su sangre. No es esto todo; porque si estos milagros fueran supuestos, ¿hubieran dexado de desengañar al mundo los Judíos, importandoles tanto descubrir la falsedad, y no faltandoles Escritores célebres en aquel tiempo? ¿No hubieran procurado convencer el fingimiento? Pues jamas hicieron tal, ni aun ahora lo intentan hacer, porque sus mismos Autores, y Josepho entre ellos, los desmintieran. Aquel eclipse universal contra el órden de la misma naturaleza, fue tan prodigioso, y se hizo reparar tanto, que dos siglos despues hablaba de él Tertuliano á los Gentiles y Magistrados de Roma, como de un caso cuya memoria conservaban en sus archivos: *Cum mundi casum relatum habetis in archivis vestris.* El mismo caso que se tenia por constante y averiguado, causó tal novedad á aquel Sábio de la Gentilidad Dionisio Areopagita (que despues fue una de las mas firmes columnas, y uno de los mas ilustres ornamentos de nuestra Religion) que aun con estar muy lejos de Judea, y aun mas lejos del conocimiento de nuestra fe, le hizo tanta impresion, que llegó á reconocer que aquellas tinieblas habian sido para él un manantial de luces, ó por lo menos le habian dispuesto á recibir con sumision las verdades de la fe, y las instrucciones divinas de San Pablo. ¿Qué diré de aquel famoso reo crucificado con Jesu-Christo, y repentinamente convertido por el mismo Salvador? Una mudanza tan impensada, que de un hombre perdido hizo un vaso de eleccion y de misericordia, ¿podia ser efecto de una per-

suasion humana? ¿No nacia visiblemente de un principio sobrenatural y divino? Si Jesu-Christo no hubiera obrado como Dios, ¿hubiera podido al morir en la Cruz hacer que conociese y confesase su Divinidad este hombre desgraciado? ¿Y no sirve tambien este milagro de la gracia para confirmar todos los prodigios de la naturaleza, con que el Cielo y la tierra, obrando como de concierto, glorificaron á este Dios en sus agonias, y quando estaba espirando?

Pero direis, que á pesar de estos prodigios no dexaron de persistir en su incredulidad los Fariseos. Vengo en ello; mas sin entrarme sobre este punto en la profundidad y abismo de los juicios de Dios, siempre justos y santos, aunque terribles y formidables, no se os oculta á lo que llegó la envidia de los Fariseos contra Jesu-Christo, y lo que esta pasion puede en órden á cegar los entendimientos, y endurecer los corazones. Por mas inimaginable que haya sido la obstinacion de los Fariseos, puede ser que haya hoy en el mundo, y aun en el mundo Christiano, hombres no menos incrédulos que ellos, que aunque vieran hacer milagros á sus enemigos, antes los atribuyeran al infierno, como los Fariseos atribuian los del Salvador al Principe de las tinieblas, que se llegasen á desnudar de su odio, y de los juicios de que están preocupados. Sea lo que fuere, replica San Juan Chrysóstomo, ese fue el principio de la reprobacion de los Fariseos; y en lo que se manifestó el misterio divino de la predestinacion y reprobacion, fue en que los mismos milagros, á cuya vista se convirtieron los Soldados, y mucha gente del pueblo, no sirvieron sino para aumentar la indocilidad y obstinacion de los Fariseos. Mas por esta misma diferencia debemos reconocer en la muerte de Jesu-Christo la virtud omnipotente de que hablamos: pues como discurre San Juan Chrysóstomo, morir salvando á unos, y reprobando á otros, alumbrando á los ciegos que vivian en las tinieblas de la infidelidad, y cegando á los mas entendidos que abusaban de la luz que tenian; convirtiendo á los unos por su misericordia, y dexando que se perdie-

diesen los otros por su justicia, ¿no era hacer que hasta en su misma muerte resplandeciesen los atributos mas gloriosos, y aun los mas esenciales que hay en Dios?

Un solo milagro no quiso hacer Jesu-Christo en su Pasion; y fue salvarse á sí mismo, como se lo proponian sus enemigos, ofreciendole que le creerian si baxaba de la Cruz: *Si Rex Israel est, descendat de Cruce, & credimus ei.* (a) ¿Y por qué no hizo este milagro? Es muy clara la razon, dice San Agustín: y es, porque solo este milagro hubiera destruido todos los demas, y hubiera impedido la obra soberana que habia emprendido, á la qual se ordenaban todos los demas milagros como á su fin; conviene á saber, el asunto de la redencion de los hombres, que habia de tener su cumplimiento en la Cruz. Fuera de eso, sus enemigos, prevenidos de su Pasion, hubieran dado tan poco crédito á este milagro como al de la resurreccion de Lázaro: porque si la evidencia del suceso, que les obligó á confesar que Lázaro despues de quatro dias difunto y sepultado habia resucitado sin duda, en lugar de hacer que creyesen en Jesu-Christo, fue causa de que tomasen la resolucion de quitarle la vida, porque no la razon, sino la pasion presidia en sus consejos; ¿se puede hacer juicio de que si le vieran baxar de la Cruz habian de estar de mejor fe, y mas dispuestos para darle la gloria que se le debia? Pero sin detenerme en los Fariseos, respondedme, amados oyentes míos, y decidme: ¿No fue cosa mas prodigiosa, y mas superior á la naturaleza humana, que en las circunstancias en que considero á Jesu-Christo, no quisiese salvarse á sí mismo, como indubitavelmente podia, que si lo hubiera querido con efecto? Milagro por milagro (aplicad aquí vuestra atencion á lo que por ventura nunca habeis comprehendido, y en mi juicio es de mas edificacion) milagro por milagro, aquella mansedumbre con que da licencia á los Soldados para que le echen la ma-

no,

(a) Matth. 27. v. 42.

no, despues de haber dado en tierra con ellos solo con su vista, y con decirlos sola esta palabra: Yo soy: *Ego sum*; la reprehension que dió á San Pedro por la indizecion de su zelo, quando sacó la espada contra uno de los de la familia del sumo Sacerdote, advirtiendole que con solo pedirselo á su Padre le enviaria legiones enteras de Angeles que pelearian por defenderle; y sanando allí mismo milagrosamente al que San Pedro habia herido, para convencerle de que no hablaba en vano: aquel silencio tan admirable, y mantenido con tanta constancia delante de sus Jueces, especialmente de Pilatos, que convencido de su constancia no le preguntaba con otro fin, que por tener ocasion de darle por libre; el haber rehusado satisfacer la curiosidad de Herodes, cuya proteccion pudiera grangear tan facilmente; el haber abandonado su propia causa, y consiguientemente su vida; aquella tranquilidad y sosiego en medio de los desprecios mas injuriosos: aquella determinacion á pisar por todo sin pedir justicia de nada, sin declararse enemigo de nadie, sin formar la mas leve queja; aquella heroica caridad, que le hace excusar á sus mismos perseguidores estando para morir: todo esto, todos estos milagros de paciencia en un hombre de vida irreprehensible, y en un procedér lleno de sabiduria, ¿no eran mas portentosos, que lo fuera haber pensado en librarse de los atormentadores, y haber baxado de la Cruz? *Christum crucifixum, Dei virtutem.*

Murió, pues, porque quiso, y murió tambien como quiso: lo qual no conviene, dice S. Agustin, sino á un hombre Dios; y saca á luz la soberania y la independencia de Dios, aun en las mismas sombras de la muerte. Ea esto me fundé para decir, que considerando bien en sí misma la muerte de Jesu-Christo, no solamente fue milagro, sino entre todos sus milagros el mas singular: porque si los demas hombres mueren por falta de fuerzas, por violencia, y necesariamente; Jesu-Christo murió, no precisamente por su eleccion, y por libre disposicion de su voluntad, sino por efecto de su absoluto poder. De suerte, que jamás hizo como Dios, y como

Hi

Hijo de Dios mayor esfuerzo de su poder absoluto, que quando consintió en que su alma gloriosa se separase de su cuerpo. Dos razones dan los Teólogos de esta verdad, poneos bien en ellas. Lo primero, porque habiendo sido exento de toda culpa, y absolutamente impecable, era tambien y debia ser naturalmente inmortal: de donde se sigue, que su cuerpo y alma unidos hipostaticamente con la Divinidad, no podian separarse sin milagro: luego fue necesario, para que Jesu-Christo hiciese este milagro, que violentase, por decirlo así, todas las leyes de la providencia ordinaria, y que se valesse de todo el poder que Dios le habia dado para destruir una vida tan excelente, que aunque humana, era tambien vida de un Dios. Lo segundo, porque siendo Jesu-Christo por excelencia sumo Pontifice de la ley nueva en virtud de su Sacerdocio, podía y debia él solo ofrecer á Dios el sacrificio de la redencion del mundo, y sacrificarle la víctima que para ese efecto estaba destinada. Pues esta víctima era su cuerpo: luego solo él debia sacrificar este cuerpo, y tenia el poder necesario para sacrificarle. Los verdugos que le crucificaban, es verdad que eran ministros de la justicia de Dios, pero no eran los Sacerdotes que debian sacrificarle esta hostia: era necesario un Pontifice Santo, inocente, sin mancha, que no estuviese mezclado con los pecadores, y estuviese revestido de un particular carácter, y este carácter solo á Jesu-Christo le podía convenir; de lo qual infiere San Agustin, que con la union mas maravillosa que se puede pensar, fue juntamente Sacerdote, y víctima de su sacrificio: *Idem Sacerdos, & hostia.*

Fue, pues, él mismo quien se sacrificó, quien exerció en su persona misma el oficio de Sacerdote y Pontifice, el que destruyó, á lo menos por algunos dias, aquel compuesto admirable de un cuerpo pasible, y un alma gloriosa; en una palabra, él mismo se obligó á morir; no fueron los verdugos los que le quitaron la vida, él la dexó porque quiso: *Nemo tollit animam meam à me, sed ego*

ego

ego ponam eam à me ipso. (a). Murió en la Cruz, dice San Agustín; pero si se ha de hablar propiamente y en rigor, no fue el suplicio de la Cruz el que le quitó la vida. Y para que lo entendáis, es cierto, aun por confesion de los Judíos, que no era el tormento de la Cruz el que hacia morir á los reos, sino el quebrarles los huesos estando aun vivos en ella. Quando quisieron executar en Jesu-Christo este tormento, y ya habia espirado, por eso se admiró Pilatos que hubiese acabado tan presto: *Pilatus autem mirabatur, si jam obisset.* (b) Y lo que hace evidente que no habia muerto por desfallecimiento de la naturaleza es, que al morir despidió un clamor grande hácia el Cielo: *Jesus autem emissa voce magna expiravit.* (c) Cosa tan extraordinaria, que el Centurion que le estaba observando desde cerca, y le vió espirar de esta suerte, protestó públicamente que era Dios, y Hijo de Dios verdadero: *Videns autem Centurio, qui ex adverso stabat, quia sic clamans expirasset, ait: Verè hic homo Filius Dei erat.* (d) Si el Centurion hubiera sido uno de los discípulos del Salvador, y hubiera discurrido así, pudieran hacerse sospechosos su discurso y su testimonio; pero un infiel, y un Pagano al verle morir de esta suerte infiere sin dudar un punto, que muere por milagro, y saca inmediatamente por consecuencia de este milagro, que es verdaderamente hijo de Dios: *Videns, quia sic expirasset, ait: Verè hic homo filius Dei erat.* ¿Es menester mas para justificar la sententia del Apóstol: *Christum crucifixum, Dei virtutem?*

Es verdad, que al morir este Salvador divino sintió los desmayos y flaquezas de hombre; pero en primer lugar pudiera responder con Isaias, que los desmayos y flaquezas que manifestó en su muerte, no eran suyas, sino nuestras; y el mayor prodigio es, que él solo pu-

(a) Joan. 10. v. 18. (b) Marc. 15. v. 44. (c) Ibid. v. 37.
(d) Ibid. v. 39.

diese llevar las dolencias y achaques de todos los hombres: *Verè languores nostros ipse tulit, & dolores nostros ipse portavit.* (a). Pero porque este pensamiento, aunque sólido, parecerá demasíadamente sutil á los espiritus incredúlos y mundanos, respondo de otra suerte con San Juan Chrysóstomo; y digo, que es verdad que experimentó estas miserias al morir, pero el prodigio es, que sus desmayos y desfallecimientos fueron en el discurso de su Pasion otros tantos milagros. Porque si suda en la oracion del muerto, es un sudor de sangre tan copioso, que bastó para regar la tierra. Si poco tiempo despues de haber muerto le abren el costado, con suceso no menos milagroso sale un raudal de sangre y agua por la herida; y el que le refiere, asegura que fue testigo de vista, y que se debe dar crédito á su dicho: *Et qui vidit testimonium perhibuit.* (b). No direis, sino que padece y muere por ostentar en su persona la virtud de Dios: *Christum crucifixum, Dei virtutem.*

Concluamos con la prueba mas esencial; y es, ver un hombre, á quien la ignominia, la confusion, el oprobrio y el abatimiento sumo de la muerte eleva á toda aquella gloria que puede pretender un Dios; de suerte, que á solo su nombre, y á la vista de su Cruz doblan la rodilla las Potestades mas soberanas del mundo, y se posttran para tributarle vasallage sus grandezas: *Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Propter quod & Deus exaltavit illum... ut in nomine Jesu omne genuflectatur, caelestium, terrestrium, & infernarum.* (c). Esto reveló Dios á San Pablo (es advertentia muy importante) quando todo parece que se oponia al cumplimiento de esta prediccion; en un tiempo, en que habia de ser tenida por fantástica á todas las luces de la prudencia humana; y en un tiempo, en que era el horror del mundo el nombre de Jesu-Christo. Pero sucedió en efecto lo que el Apóstol habia dicho; y lo que era punto de fe para los Christianos de aquel tiempo, ha dexado *Tom. IV. Quaresma.* Cc do

(a) Isai. 53. v. 4. (b) Joan. 19. v. 35. (c) Philip. 2. v. 8. 9. & 10.

do en alguna manera de serlo para nosotros, pues somos testigos de la verdad, y no hemos menester cautivar nuestros entendimientos para creerla. Los Soberanos de la tierra doblan ahora la rodilla delante del Crucificado. Los Príncipes mas augustos; son los primeros que nos dan exemplo; y no depende sino de nosotros, al verlos este santo dia al pie del altar adorando á Jesu-Christo en la Cruz, consolarnos, y decirnos á nosotros mismos: Esto habia pronosticado San Pablo; y lo que en tiempo del Apóstol hubiera parecido sueño, es lo que hoy veo, y no lo puedo dudar. Pues un hombre, cuya Cruz, (segun la bella expresion de San Agustín) ha pasado desde el lugar infame de los suplicios á estar sobre la fuente de los Monarcas y Emperadores: *A locis suppliciorum ad frontes Imperatorum*: Un hombre que sin otros medios, sin otras armas que la virtud sola de la Cruz ha vencido la idolatría, ha triunfado de la supersticion, ha destruido el culto de los falsos dioses, y ha conquistado todo el mundo, quando los mayores Reyes del mundo necesitan de tantos socorros para las menores conquistas: Un hombre, que como canta la Iglesia, halló el modo de reynar en donde otros dexan de vivir, esto es, en aquel leño que fue el instrumento de su muerte: *Quia Dominus regnavit á ligno*; y lo que es aun mayor portento, un hombre que habia declarado en su vida, que todo esto se habia de cumplir, y que en siendo levantado de la tierra habia de atraer á si todas las cosas, queriendo con estos términos significar el modo con que habia de morir, como lo observa el Evangelista: *Et ego si exaltatus fuero á terra, omnia traham ad me ipsum; (hoc autem dicebat, significans quá morte esset moriturus)* (a): Un hombre tal ¿no es mas que hombre? ¿No es hombre y Dios juntamente? ¿Qué virtud nó ha tenido la Cruz en que le contemplamos, para obligar á los pueblos á que le adoren? ¿Quántos Apóstoles de su Evangelio, quántos imi-

(a) Joan. 12. v. 32. & 33. c. 7. q. 1. num. 10. p. 7. 21. num. 10.

tadores de sus virtudes, quántos Confesores, quántos Mártires, quántas almas santas dedicadas á su culto, quántos discípulos abrasados del zelo de su gloria, digámoslo mejor, quántas Naciones, quántos Reynos, quántos Imperios no ha conquistado con el omnipotente atractivo de esta Cruz? *Christum crucifixum, Dei virtutem*.

Ay! hermanos míos; los Fariseos veian los milagros de este Dios crucificado, pero no se convertian. Esto es lo que con dificultad entendemos: ¿pero es menos incomprehensible lo que nos pasa á nosotros? Vemos actualmente un milagro como el de la muerte de Jesu-Christo, y mayor aun, un milagro permanente, un milagro averiguado y sin disputa, el triunfo de su Cruz, quiero decir el mundo convertido, el mundo hecho christiano, y santificado por su Cruz: *Et ego si exaltatus fuero á terra, omnia traham ad me ipsum*; le vemos, y á pesar de este milagro está siempre nuestra fe desmayada y vacilante: esto es lo que debemos llorar, y de lo que nos debemos estremecer. Pero para sacar fruto de este misterio, no lloremos con una devocion superficial y momentanea, lloremos, y temblemos en espíritu con una saludable compuncion. Jesu-Christo hizo milagros al morir, pero es necesario que haga aun otro, que es el de nuestra conversion, que ha de ser la corona de todos sus milagros. Hizo que se partiesen las piedras, abrió de par en par los sepulcros, rasgó el velo del templo. Pues es necesario que la vista de su Cruz haga que se partan nuestros corazones, mas duros que las piedras. Es necesario que abra de par en par nuestras conciencias, por ventura cerradas hasta aquí como sepulcros. Es necesario que rasgue nuestro cuerpo, digo este cuerpo de pecado, con los rigores santos de la penitencia. ¿Por qué no nos ha de convertir este Dios que muere, habiendo convertido á los mismos autores de su muerte? ¿Y cuándo nos ha de convertir sino en este dia asombroso, en que corren raudales copiosos de su sangre para salvarnos, y llenarnos de su gracia?

Pecadores que me escuchais, aquí tenéis lo que os ha

de llenar de confianza. Mientras sois pecadores, sois por ese título enemigos de Jesu-Christo; sois sus perseguidores; ¿lo he de decir? ¿por qué no, despues de haberlo dicho San Pablo? Sois sus verdugos; porque quantas veces os dexais vencer de la tentacion, y caeis en la culpa, crucificais de nuevo á Jesu-Christo en vuestras almas. Pero acordaos, que la sangre de Jesu-Christo tuvo eficacia para destruir el pecado de los mismos Judíos que la derramaron: *Christi sanguis suffusus est, ut ipsum peccatum potuerit delere: pro quo fusus est.* Esto es, dice San Agustin, en lo que se ostentó la virtud totalmente divina de la redencion de Jesu-Christo: En esto mostró que era Salvador. De sus enemigos hizo predestinados, hizo santos de sus perseguidores: pues por pecador que seais, ¿qué derecho no teneis para solicitar sus misericordias? Acercaos al trono de su gracia que es su Cruz; pero acercaos con corazones contritos y humillados: con corazones rendidos, y purificados de la corrupcion del mundo; con corazones dóciles y capaces de recibir todas las impresiones del espíritu del Cielo: este es el milagro, que por medio de su Cruz intenta este Dios Salvador hacer el día de hoy en vosotros; convertiros perfectamente, despues de haber estado tan fuera de camino: vuestra penitencia exemplar despues de tantos escándalos y delitos, la profesion que debéis hacer pública, y á cara descubierta de vivir como Christianos, despues de haber vivido como quien no tiene fe, este es el milagro que ha de probar, que el mismo Jesu-Christo crucificado es personalmente la virtud y sabiduría de Dios. Ah! Señor, ¿Seré yo tan feliz, que logre que este milagro se efectúe visiblemente en mis oyentes, como se cumplió con efecto en los Soldados que se hallaron en vuestra muerte, entre los quales muchos se entregaron á Vos, como á quien era el autor de su remedio? Vos, Señor, dareis tan eficaz bendicion á mi palabra, que vea cumplido mi deseo. En vuestra virtud puedo esperar, que habrá entre mis oyentes algunos tan movidos como el Centurion; quiero decir, que saldrán de este Sermon con-

convertidos; que no solamente se bañarán en lágrimas, sino que empezarán á glorificar á Dios con sus obras: no solamente persuadidos, sino santificados, y penetrados de los afectos christianos que esta primera verdad habrá estampado en sus corazones. Escandalicese el infiel Judío de la Cruz; Jesu-Christo al morir es el poder y la fortaleza de un Dios encarnado: *Christum crucifixum Dei virtutem.* Esto habeis visto. Haga el Gentil escarnio de la Cruz, y tratela como necedad; Jesu-Christo al morir es la misma sabiduría de Dios: *Christum crucifixum, Dei sapientiam.* Esto habeis de ver en la segunda parte.

II. PARTE.

Por justo y santo que sea Dios en todos sus intentos y en toda su providencia, no debe hacer novedad, que el hombre arrebatado de su ignorancia y soberbia, se haya arrojado muchas veces á querer censurar sus obras, ni que sea tan temerario, que se escandalice de ellas. Siendo despues de la culpa tan opuestos, como dice la Escritura, los pensamientos del hombre y los de Dios, era este escándalo una consecuencia quasi necesaria. Lo que mas novedad nos debe hacer es, que el hombre con una suma ceguedad haya convertido en materia de escándalo contra Dios sus mismos favores, los mismos prodigios de su amor, y la misma abundancia y exceso de sus misericordias: y este es, Christianos, el espantoso desorden de que se lamentaba San Gregorio Magno en estas excelentes palabras de la homilía sexta sobre los Evangelios: *Inde homo adversus Salvatorem scandalum sumpsit, unde ei magis debitor esse debuit.* En este desorden cayó Marción heresiarca, quando con el pretexto de un zelo falso por la gloria del Hijo de Dios, no quiso creer que hubiese padecido, ni que hubiese muerto en la Cruz: como si la Cruz y la muerte hubieran absolutamente sido indignas de la Magestad y de la santidad de un Dios. Contra este error levantó Dios á Tertuliano, que se

opuso á él descubiertamente, y por el mismo caso se hizo defensor de los tormentos y Pasion de Jesu-Christo. Pero este error, aun despues de establecida la fe de este hombre Dios, es quizá el día de hoy muy comun, y debo en esta ocasion emplear contra él toda la fuerza de la palabra de Dios. Atended por vida vuestra. El misterio de un Dios crucificado pasa por necesidad en la opinion de los mundanos, no menos que en la de los Gentiles: *Gentibus stultitiam*: pero San Pablo por el contrario es de sentir, que para los predestinados y escogidos es el misterio de la sabiduria de Dios por excelencia: *Ipsis autem vocatis Christum crucifixum Dei sapientiam*. Veamos, pues, entre estos dos, quien ha juzgado con mas acierto, el Apóstol, ó el mundano: el Apóstol despues de haber aprendido con un modo muy prodigioso del mismo Salvador este misterio; ó el mundano, que ni sabe ni conoce de él, sino lo que la carne y sangre le han revelado. Veamos si en este misterio tan elevado de la Cruz, tan sobre nuestro entendimiento, hay en efecto alguna cosa contra nuestra razon: porque el día de hoy viene Dios bien en no desechar el juicio de nuestra misma razon; y con tal que no esté mal impresionada, ni se obstine, no rehusa pasar por él su misma sabiduria, y responder á las dificultades que puede proponer.

¿Cuál era el asunto del soberano misterio que celebramos? Era sobre dos cosas, dice San Leon Papa, igualmente dificultosas, y necesarias: satisfacer á Dios ofendido é injuriado per el pecado del hombre, y remediar al hombre perdido y estragado. Este fue el fin para que Jesu-Christo fue enviado, y todo el motivo de haber venido al mundo. Pues pregunto: para conseguir estos dos fines ¿pudo, con ser Dios, echar mano de medio mas poderoso, mas eficaz, ni mas infalible que la Cruz? Nosotros mismos, con todo lo que presumimos de nuestra razon, ¿podemos idear otro en que se guardasen, no solo mas exactamente, pero ni aun tanto, las debidas y justas proporciones? Vamos al Calvario, y siendo testi-

gos

gos de lo que pasa en él, aprendamos lo que encierra nuestra fe, y veamos juntamente la altura y profundidad que tanto deseaba poder comprehender San Pablo: *Sublimitas, & profundum* (a). Era necesario satisfacer á Dios; pero quien no fuese hombre Dios, no podia conseguirlo: esto es en lo que la misma razon por fuerza ha de convenir. ¿Qué hizo, pues, este hombre Dios? Ay! Christianos; ¿qué no hizo? Con la mira de pagar nuestras deudas, ¿qué cuidado no tuvo de echar mano de todo lo que única y soberanamente podia llenar la medida de las satisfacciones que Dios aguardaba, y tenia derecho de aguardar? ¿En qué consistia la ofensa de Dios? En que el hombre olvidándose de sí mismo habia aspirado á ser semejante á Dios: *Eritis sicut Dii* (b). Pues yo, dice el hombre Dios, que no solamente soy semejante, sino igual y consubstancial con Dios, con otro olvidó muy diferente de mi mismo me abatiré baxo de todos los hombres, será el oprobrio del mundo, y un gusano de la tierra, mas que hombre; porque esto es lo que en términos expresos dixo por boca de su Profeta en la Cruz: *Ego autem sum vermis, & non homo* (c). ¿Imaginamos, ó podemos imaginar satisfaccion mas solemne? El hombre rebelándose contra Dios habia sacudido el yugo de su obediencia, y sido transgresor del mandamiento de su Soberano. Pues yo, dice el hombre Dios, aunque por mí mismo tengo una soberana independencia, me reduciré á la sujecion mas penosa y abatida. Yo me reduciré á ser obediente: *Factus obediens*; y obediente hasta morir: *Usque ad mortem*, y hasta morir en una Cruz: *Mortem autem crucis* (d). No solamente obedeceré á Dios, sino á los hombres, á los mas pecadores, á los mas viciosos y mas sacrílegos de todos, que son mis perseguidores y verdugos. No solamente obedeceré á los decretos del Cielo, siempre justos y puestos en razon, sino á los de

(a) Ephes. 3. v. 18. (b) Genes. 3. v. 5. (c) Psal. 21. v. 7. (d) Philip. 2. v. 8.

la tierra llenos de injusticia y crueldad. No solamente obedeceré á las Potestades que no tienen autoridad legítima sobre mí, sino á las que se han confederado contra mí, y tiran á destruirme; y borraré el delito del hombre rebelde á la ley de su criador con esta sujecion voluntaria. Por esta misma razon, dice San Bernardo, no quiso descender de la Cruz; queriendo mas (como advierte este Padre) dexar á los Judíos en su incredulidad, que convencerlos con un milagro de su voluntad propia; y queriendo ántes cumplir con el orden de su Padre, y obedecerle para salvarlos, que salvarlos faltando á su obediencia. El hombre, al gustar con reprehensible destemplanza la fruta del arbol, habia condescendido con sus sentidos, concediéndoles un deleite vedado: pero yo, dice el hombre Dios, que tenia derecho para gozar de todas las delicias de la vida, me presentaré delante de mi Padre como un Varon de dolores, como una victima de la penitencia, y como un cordeo destinado al mas sangriento sacrificio; pues en su Pasion sagrada fue, quando animado de un zelo ardiente de la gloria y de los intereses de Dios, trazó y executó este designio: *Hostiam & oblationem noluit, corpus autem aptasti mihi; holocaustomata pro peccato non tibi placuerunt; tunc dixit: ecce venio* (a). No os han gustado, Señor, dixo en lo interior de su corazon quando fue crucificado, como lo habia dicho, segun el testimonio de San Pablo, al entrar en el mundo (reparad en estas palabras, que tan propriamente explican lo profundo y escondido de este misterio) no fueron de vuestro gusto, Señor, ni ofrendas, ni hostias, por eso me disteis un cuerpo formado por vuestra mano. Los sacrificios de animales dexaron ya de agrardaros, y por eso dixé: Veisme aquí, yo vengo, yo me sacrifico. Palabras dignas de veneracion, que segun la letra misma deben entenderse de lo que pasó en el Calvario; allí Jesu-Christo, como Sumo Sacerdote, puso fin á los

(a) Hebr. 10. v. 5. 6. & 7.

los sacrificios de la ley antigua con el cumplimiento del sacrificio de la ley de gracia; allí sirviendo su Cruz de altar, ofreció solemnemente su persona divina; allí ofreció, no sangre de cabritos y becerros, sino su propia sangre; y para hablar en términos mas claros y precisos, allí se puso en estado de satisfacer á Dios, no por medio de personas extrañas, sino por sí mismo, y á propia costa. Pues esto es lo que yo digo que es efecto de la sabiduría de un Dios.

No es esto todo; este Salvador divino nos ha hecho comprehender perfectamente lo que por sí mismo era incomprehensible, y lo que nosotros sin él hubieramos eternamente ignorado; y es, lo que es Dios, lo que es el pecado, y lo que es la salvacion. Tres cosas á las quales se debia aplicar toda la sabiduría del hombre; y cuyo conocimiento, así para vosotros, como para mí, era inseparable del misterio de la muerte de Jesu-Christo en la Cruz. ¿Qué es Dios? Un Sér por cuya gloria fue necesario que un hombre Dios se humillase y anonadase hasta estar en una Cruz. Esta idea formo hoy del Sér divino: solo esto me da bastante conocimiento de Dios: quanto descubro de Dios en la naturaleza, quanto me dice la Teología, quanto me enseñan las Escrituras, y quanto se me manifestará á la luz de la gloria, todo se quedará en puras sombras hablando propriamente. El Calvario es donde la fé, como á luz del medio dia, hace que este Dios me parezca tan grande como es en sí mismo; porque veo allí un hombre Dios sacrificado por reconocer lo que es Dios; y me atrevo á decir, que el mismo Dios no tiene idea mas elevada de la divinidad de su sér, que el merecer ser glorificado por la Cruz de un hombre Dios: mas digo, de no poder tener satisfaccion cumplida sino por medio de este hombre Dios en la Cruz. ¿Qué es el pecado? Un mal tan grande, que para satisfacer por él fué necesario que se hiciese el blanco y objeto de maldicion un hombre Dios: *Factus pro nobis maledictum* (a). Esto es lo que el misterio

Tom. IV. Quaresma. Dd de

(a) Gal. 3. v. 13.

de la Cruz me predica. Yo no entendia cómo podia el pecado hacernos dignos de castigos tan terribles, y haciéndome censor de los decretos de Dios, le pedia razon de aquella horrorosa eternidad de penas que tiene preparadas su justicia para las almas condenadas en el infierno: nacia mi ignorancia de no haber considerado bien el misterio de la muerte de Jesu-Christo; pero la muerte de un Dios ordenada como medio necesario para destruir el pecado, me hace conocer mas de lo que quiero la proporcion que hay entre el pecado, que es ofensa de Dios, y la eternidad infeliz, que es tormento de la criatura. Supuesto lo uno, no encuentro dificultad en lo otro, y quedando convencido con el discurso del mismo Hijo de Dios: *Si in viridi ligno hæc faciunt, in arido quid fiet* (a)? Si de este modo es tratado el hijo y el inocente, ¿qué será del pecador y del esclavo? no me admiro ya del rigor de los juicios de Dios, ni del exceso de sus venganzas; de mi propia admiracion es de lo que me admiro. ¿Qué es la salvacion del hombre? Es un bien, que él solo costó la vida á un Dios, y por él un hombre Dios no juzgó que daba demasiado, ni que era pródigo sacrificándose á sí mismo. Esta doctrina importante me da este divino Maestro espirando en una Cruz. Yo tenia en nada mi salvacion, no hacia caso de ella, la aventuraba y la ponía á riesgo; un interes vano, una honra falsa, un deleyte momentaneo, aun el mas infame del mundo, me hacia que la abandonase: pero acércate (me dice con la voz de su sangre este Dios crucificado) acércate, y aprende á costa de lo que yo padezco el valor de tu alma: contéplate bien á tí mismo en mí: aquí verás lo que eres, y lo que vales: por mí te has de medir, porque yo soy tu precio; y esta salvacion que renuncias en tantas ocasiones, no vale menos que lo que yo soy, pues por asegurartela me sacrifico á mí mismo. De este modo me habla: y esto solo me bastaba para inferir con San Pablo, que el misterio de la Cruz es el misterio de

(a) Luc. 23. v. 3.

de la sabiduría de Dios; porque como discurre San Juan Chrisóstomo, un misterio que me da tan alta idea de Dios, un misterio que me infunde un horror sumo al pecado, un misterio que me hace apreciar mi salvacion sobre quantos bienes hay, pasados, presentes, futuros, y aun posibles, á qualquiera luz que le mire, le debo tener por misterio de sabiduría. Sentimientos tan conformes á la razon, tan elevados y tan sublimes no pueden nacer de principio falso y engañoso: la sabiduría sola de un Dios me los puede comunicar. Por esto el Apostol penetrado de la fe de este misterio, protestaba á cara descubierta no saber otra cosa sino á Jesu-Christo crucificado: *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos nisi Jesum Christum, & hunc crucifixum* (a): Porque en Jesus crucificado hallaba con excelencia y en compendio quanto debía y le convenia saber; esto es, la ciencia soberana de Dios, y la ciencia provechosa de sí mismo: con estas dos ciencias creia y con razon, que no debía echar ménos las demas: *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, & hunc crucifixum.*

Profundizemos una verdad de tanta edificacion, y manifestemos el segundo motivo de la venida de Jesu-Christo, y su empleo de Salvador. Era su asunto, despues de haber satisfecho á Dios, remediar al hombre que no solamente habia caido en la infelicidad de una vida desenfrenada, sino en un sumo desorden, y en el abismo de los males. Este desorden del hombre, dice el amado discípulo San Juan, procedió de tres principios, de la concupiscencia de los ojos, de la concupiscencia de la carne, y de la soberbia de la vida; es decir, de una insaciable codicia de los bienes temporales, de una solicitud excesiva de las honras del mundo, y de una pasion ardiente de los deleites de los sentidos. Era el asunto curarnos de estas tres peligrosas dolencias: mas mirad los remedios que el Hijo de Dios nos traxo del Cielo, y nos ofrece hoy en su Pasion: la falta de todas las cosas, y la desaudez con

(a) Cor. 2. v. 2.

que muere, contra el amor de las riquezas, y contra la codicia que nos abraza: los portentosos abatimientos que padece, contra los designios de la ambicion que nos consume: las austeridades de una carne virginal ensangrentada y despedazada con las heridas, contra la delicadeza y sensualidad que nos estraga. Remedios infalibles y seguros; en nosotros consiste que se nos apliquen para experimentar su utilidad y eficacia; y en ellos se manifiesta toda la providencia y sabiduría del Médico que nos los ha preparado. No nos preocupe la pasión: hagámonos una vez justicia para hacersela eternamente á nuestro Dios. ¿No es evidente, que el misterio de la Cruz tiene una oposicion esencial con estos tres principios que causan todos los desórdenes de nuestra vida? ¿No es evidente, que este misterio solo condena todas vuestras injusticias, violencias, odios, comercios escandalosos, vuestras libertades y desenfrenamientos? ¿No se sigue de esto, que es la sabiduría de Dios la que en él preside? ¿Puede dexar de ser efecto del orden racional, y consiguientemente de la suprema sabiduría de Dios, lo que refrena nuestros deseos, arregla nuestras pasiones, confunde nuestra soberbia, nos arranca del corazón el amor de nosotros mismos; y en una palabra, lo que corrige nuestros vicios, y nos contiene en los límites de la razon? ¿Qué sería (decía el sábio Pico Mirandulano) si los hombres de comun consentimiento se conviniessen en vivir segun los exemplos que les dió Jesu-Christo, y las lecciones que recibieron de su Magestad en su Pasion sacrosanta, de suerte que este Dios crucificado fuese en la práctica regla universal por donde se gobernase todo el mundo? ¿A qué grado de perfeccion se hallará subitamente elevado este mundo que hoy está tan corrompido? ¿Qué moderacion no inspirará á los Grandes, qué sumision no infundiera á los pequeños esta vista de la Cruz, si se tuviera siempre presente, y se fijáran las atenciones en ella? ¿Abusáran de sus riquezas los ricos? ¿Se quexarian de su pobreza los pobres? ¿Los que padecen se quexarian de Dios en sus trabajos? ¿Los que se llaman dichosos en el

mun-

mundo, se olvidarian de Dios olvidándose en su prosperidad de sí mismos? ¿Se verian en el trato de los hombres venganzas y trayciones? ¿Reynaria en ellos el espíritu del interés? ¿Causarian la emulacion y ambicion competencias y turbaciones? ¿Estarian desterradas la buena fé, y los buenos respetos? Tan cuerdo y puesto en razon sería entónces el proceder de los hombres, tan pura y tan inocente su vida, como ahora es licenciosa y desenfrenada. ¿Mas por qué, no estando Jesu-Christo sujeto á nuestros males, hizo en su persona experiencia de los remedios? Ay, hermanos míos, responde San Agustin; siendo estos remedios tan amargos, ¿podia hacer cosa mejor que probarlos en su persona, para suvizarlos, y persuadirnos que nos valiesemos de ellos? Si no fuera así, ¿pudieramos gustarlos jamas? ¿No era necesario el exemplo de un hombre Dios para obligarnos á tomarlos? Supongamos que en lugar de la Cruz hubiera escogido una vida deliciosa; ¿qué no hubiera inferido á su favor nuestro amor propio, que es el origen de todos nuestros males? ¿Qué bien se hubiera valido de su exemplo! ¿Fuera bueno, que en tal caso os pidiera yo, como hoy os pido, la mortificacion de los sentidos, que crucifiquéis la carne, la abnegacion de vosotros mismos, y la humildad de la penitencia? ¿Me escucharais entónces? Esta sola idea de haber vivido vuestro Dios en honras y en deleytes, ¿no tuviera preocupados vuestros entendimientos contra todas mis razones? Pero al contrario; ¿qué eficacia no dá á mi Ministerio y á mi palabra un Dios muriendo en la Cruz? ¿Con qué autoridad no os hablo, quando con este exemplo os persuado á ser humildes, mortificados, y despegados del mundo? Sin él, no pudiera hacerlo sino con temor y desesperacion de ser creído. ¿Pues no fue efecto de la sabiduría de Dios dar á los Ministros de su Evangelio modo de tapanos la boca, quando os predicán las obligaciones mas dificultosas de vuestra Religion, y hacer que no tengais que replicarlos quando os censuran la suma repugnancia que

mos-

mostrais en cumplirlas? ¿Y por qué se habían de corregir unos excesos con otros, y los excesos del hombre con los de Dios? Mas ¿qué sabiduría no se descubre en haber corregido los excesos de la malicia con los excesos de la perfección; los de la maldad con los de la santidad, y los de la ingratitud con los del amor? Para sacar al hombre del abismo de los vicios á que había llegado; ¿no era necesario inclinarle al extremo de las virtudes opuestas? ¿Con la violencia de sus pasiones hubiera podido mantenerse en un medio? ¿No era necesario hacerle amar la pobreza, la humillación y la austeridad, para apagar en él el fuego de la avaricia, de la soberbia, y de la impureza? Porque para salvarnos perfectamente, digo otra vez, no bastaba que Jesu-Christo nos viniese á decir, que nuestra perdición nacia de estas tres concupiscencias: era necesario que nos obligase á hacerlas guerra, á contradecirlas, y arrancarlas de nuestros corazones. No eran causa de nuestra perdición, sino porque engañaban nuestro entendimiento, y viciaban nuestra voluntad: y si hubieramos siempre conservado el mismo amor y aprecio de ellas, no quedaríamos remediados del todo: luego convenia que las virtudes contrarias á estas concupiscencias infelices, no solamente se nos hiciesen tolerables, sino amables, preciosas, y objeto de nuestras veneraciones. ¿Pues qué medio mas maravilloso podia hallar el Hijo de Dios para este fin, que consagrarlas en su Persona, para que (como dice excelentemente San Agustin) la humildad del hombre hallase en la humildad de Dios apoyo, y modo de resistir á los insultos y atentados de la soberbia? *Ut humilitas humana contra insultantem sibi superbiam, divine humilitatis patrocinio fuliretur.*

Ved aquí, Christianos, mas de lo que basta, no digo para dexar convencidos, sino para confundir algun dia en el juicio de Dios nuestros entendimientos; y plegue al Cielo que no haya empezado ya para nosotros este juicio en que nuestra razon ha de quedar conven-

ci-

cida, y confundida de sus errores: porque desde hoy está el Salvador en posesion de juzgar el mundo. La Cruz fué el primer tribunal en que se dió á conocer por Juez, pronunciando contra los hombres, ó á su favor, sentencia de vida ó muerte. No es sentir particular que la piedad me dicta, sino verdad que la fe me enseña, que empezó el juicio del mundo en la Pasion de Jesu-Christo, pues él mismo se lo declaró á sus Apóstoles: *Nunc judicium est mundi* (a). No son terrores vanos los que nos quieren infundir, quando nos dicen que la Cruz en que murió este hombre Dios se manifestará al fin de los siglos, para que sea regla del juicio que ha de hacer Dios de nosotros y de todos los hombres: *Tunc parebit signum filii hominis* (b). ¡Terrible pensamiento para un mundano! La Cruz de Jesu-Christo me ha de juzgar, aquella Cruz enemiga de mis pasiones, aquella Cruz que nunca he venerado sino en especulacion, y siempre he mirado con horror en la práctica, aquella Cruz de la qual no he sabido aprovecharme jamas, y cuyos merecimientos han sido para mí como si no fuesen: con esta Cruz me confrontarán: *Tunc parebit signum filii hominis*. Todo lo que no se conformare con ella, llevará el carácter y sello de reprobacion. ¿Pues qué semejanza puedo descubrir entre esta Cruz y mi vida desenfadada, entre esta Cruz y mis locas vanidades, entre esta Cruz y mi vida deliciosa. Ah! Señor; ¿ha de estar mi condenacion en el mayor beneficio vuestro, y en la prenda misma de mi salvacion eterna? Lo que me habia de poner en paz con Vos, ¿ha de servir para hacerme mas culpado, y digno de vuestro odio? Pero al contrario, ¿qué pensamiento de tanto consuelo para un alma fiel y justa! La Cruz de Jesu-Christo decidirá mi suerte, aquella Cruz en que he puesto toda mi esperanza, aquella Cruz que me ha forta-

le-

(a) Joan. 12. v. 31. (b) Matth. 24. v. 30.

